

Pastoralia

Naturaleza Misionera del Culto Cristiano

Plutarco Bonilla A.

Plutarco Bonilla A.
Naturaleza Misionera del Culto Cristiano
Artículo publicado en julio de 1982
Revista Pastoralia nº 8 – Año 4 – Páginas 56 a 59



NATURALEZA MISIONERA DEL CULTO CRISTIANO

Plutarco Bonilla A.

La adoración forma parte integral del ser hombre. Es bien conocida la observación de Plutarco Queronense, quien afirmó que no era difícil encontrar ciudades en las que no hubiese teatros o estadios u otras instituciones destinadas a la educación o al gobierno de los ciudadanos, pero que nadie había encontrado hasta entonces ni encontraría jamás una ciudad en la que faltasen templos o dioses.

Está insita en el alma humana la tendencia a prosternarse en adoración ante un ser supremo. Se ha dicho que la palabra griega para hombre (*ánthropos*) significa etimológicamente “el que mira hacia arriba”, como si diera a entender esa su característica fundamental, de buscar a alguien superior a él; es decir, al Supremo.

Sin embargo, esta primera inclinación que se tradujo en diálogo, según los primeros capítulos del Génesis, se convirtió muy pronto en religión, pues ésta es fruto del temor. Resquebrajada la comunicación, pierde el hombre la diafanidad de lo divino y se encoge sobre sí mismo, creándose dioses a su imagen y semejanza. De ahí la indispensabilidad del acto inicial de gracia, y el Dios creador se transforma en el Dios Revelador, constituyéndose en sujeto de la revelación. En Cristo Jesús alcanza esta revelación su punto áptico, y resume en sí mismo, superándolos, todos los actos revelatorios previos. Como tal nos viene a manifestar también el significado propio del acto de adoración, al excluir los elementos de miedo o de transacción comercial en las relaciones entre el hombre y Dios.

Así nos revelan las Escrituras, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento, la naturaleza íntima de la adoración, sobre todo en su expresión cúllica. Pues el hombre descubre pronto, en su experiencia, que la adoración no debe ni puede confinarse al ámbito estrecho de la interioridad individual, sino que se expresa más genuinamente en el contexto de la comunidad de aquellos que comparten iguales o similares experiencias.

Este aspecto comunitario adquiere capital importancia en la experiencia de la naciente Iglesia Cristiana, de la cual dan fehaciente testimonio las crónicas de Lucas. En efecto, encontramos allá a la comunidad cristiana que gusta de reunirse como tal; es decir, como entidad comunitaria. No se tata, por supuesto, de algo completamente nuevo, como si apareciera por invención de discípulos. Todo lo contrario, no es sino la culminación de experiencias próximas y remotas, de las cuales los propios discípulos fueron herederos o en las cuales ellos mismos participaron.

Como experiencia próxima, casi inmediata, podría señalarse la comunión que los seguidores de Jesús tuvieron con él. Pues no sólo con su ejemplo, sino por la enseñanza verbal explícita, el Maestro acentuó la centralidad de este tipo de experiencia (o más bien, para evitar la tentación de reducirla a momentos experienciales, de esta clase de actitud). El texto que de inmediato nos viene a la mente es el de la llamada Oración Sacerdotal (Juan 17), y la invocación por la unidad. Aunque este no es el tema que directamente nos interesa, valga señalar que al interpretar este texto hay que rehuir tanto la espiritualización

del mismo (“somos uno en Cristo”... aunque ni siquiera podamos sentarnos a la misma mesa para participar juntos de la Cena del Señor), como su excesiva ambigüedad por pérdida del Cristo, el único que nos aglutina. De todos modos, y volviendo al hilo de nuestro pensamiento, la oración de Jesús, que incluye, por una parte a los que han de creer en él (y este es un acto esencialmente individual, aunque se da siempre en contexto comunitario), es oración por la comunidad en tanto tal: para que sus discípulos no sean muchos “unos” artificialmente aglomerados, sino un gran Uno, a semejanza de la Unidad intratrinitaria.

Aunque Jesús pronunció esta oración cuando la realidad de la cruz pertenecía ya al panorama del futuro muy próximo (ver. 11: “Y ya no estoy en el mundo”), en la oración dominical Jesús enseña, desde las primeras palabras (tanto en la versión de Mateo como en la de Lucas), esta naturaleza social de la relación con el Padre. Porque, en efecto, el Padrenuestro no es oración para ser dicha en la interioridad subjetiva del individuo aislado. Aquí no enseña Jesús a sus discípulos a que diga cada uno por su cuenta “Padre mío”, sino a que en unión de corazones clamen al unísono “Padre nuestro”.

Como experiencia remota habría que señalar todo el Antiguo Testamento. Recuérdese, por ejemplo, el Salmo 133: “Mirad cuán bueno y cuán hermoso es habitar los hermanos juntamente en armonía... porque allí envía Jehová bendición y vida eterna”. O las palabras de ese otro Salmo: “Yo me alegré con los que me decían: a la casa de Jehová iremos” (122)

Sin embargo, quisiéramos destacar un texto al cual no se le ha prestado la atención debida. Lo encontramos en el libro del profeta Nehemías (9). Había reunido el profeta a todo el pueblo, para una celebración penitencial. Y en nombre de toda la comunidad reunida eleva su oración a Jehová.

Desde el comienzo de la oración confiesa el pueblo sus pecados. Pero es digna de destacar la manera como hace esa confesión: “Y estando en pie, confesaron su pecados, y las iniquidades de sus padres” (ver. 2). Aquí la solidaridad del pueblo alcanza su forma más enfática, pues no se trata de solidaridad solamente sincrónica, sino también diacrónica; es decir, histórica, ya que no se limita al momento presente.

Por todo lo anterior resulta verdaderamente chocante y desenfocado, el que al dirigirse a Dios algunos oren, en el culto comunitario, usando expresiones en primera persona singular, tales como “te ruego”, o “te pido”, u otras semejantes. Porque encerrarse en ese individualismo del *yo*, es, en cierto modo, negar la realidad comunitaria del *nosotros*, que está en el meollo del ser del culto cristiano.

No es accidental esta importancia del “nosotros”. En primer lugar, porque el nosotros no es la mera agregación de varios “yoes”, ya que trasciende cada uno de ellos (sin aniquilarlos, sino afirmándolos en su propia mismidad), en una realidad superior que es la comunidad. Y en el caso al que nos referimos, esa unidad superior viene aún más enriquecida por tratarse de la comunidad de fe.

Esto que hemos dicho tiene una estrecha relación con el sentido bíblico de la salvación. Porque no me realizo como cristiano, sino por la dación de mí mismo a Cristo y a mi prójimo (sin que la conjunción “y” tenga aquí significado de separación radical: sobre todo para el cristiano, darse al prójimo es también darse a Cristo: Véase Mateo 25.31-46). De ahí que el carácter de comunidad que se expresa de manera sublime en el culto

cristiano, sea, concomitantemente, dramatización real de la más profunda experiencia del hombre: la de su nuevo nacimiento. De ello se sigue otra consecuencia fundamental. Porque el egoísmo del que el hombre es liberado en su encuentro con Jesucristo ha de ser también desarraigado al nivel de nosotros. En otras palabras, si como cristianos somos llamados a vivir en Cristo para los otros, hemos de aplicar esta misma verdad a la vida comunitaria. El percatarse del “nosotros” de la fe, es decir, de los lazos que nos unen a nuestros hermanos y que nos hacen superar el yo en el nosotros (repetimos: sin disminución de aquél, y sí enriqueciéndolo), significa que la vida de esa comunidad no puede agotarse en la multiplicidad de relaciones que en ella se dan, sino que la comunidad en tanto tal ha de vivir también en función de (es a saber: para) los otros.

Así el culto cristiano se proyecta en una doble dirección: por una parte expresa que en Cristo Jesús se hace posible la vida verdadera y la verdadera libertad, vida y libertad que se manifiestan en el servicio del amor, en la auto-entrega real en la búsqueda del bien del prójimo. Ésta, a su vez, se expresa en la “conciencia de comunidad”, cuando se considera realmente “común-unidad”, trascendiendo las diferencias personales y las estrechas barreras del individualismo.

Pero, además de esta experiencia interna, la misma comunidad se trasciende a sí misma, y proclama que su razón de ser es el cumplimiento de la tarea que el Señor Jesús le encomendó.

El culto resulta así aquella experiencia por excelencia en la cual se revela la comunidad cristiana como tal comunidad. No hay, de hecho, otra ocasión en la que visible y concretamente se manifieste de esa manera en su unidad, y por ello ha de revelarse también, en el culto, ese carácter extrovertido (i.e., vertido—hacia—afuera) de la comunidad de fe. Dicho de otro modo, el culto cristiano ha de ser también una realización en concreto de la misión que la iglesia ha recibido de su Señor. A ello nos referimos cuando hablamos de la naturaleza misionera del culto cristiano. Por ello, en la oración por la unidad de sus discípulos el Señor Jesús menciona no sólo que él ha enviado a sus seguidores de la misma manera como el Padre lo envió a él, sino además que la unidad que él pide es para que el mundo crea (véase ver. 18-21).

Pero, no nos equivoquemos. Porque es fácil suponer que nos estamos refiriendo a la necesidad de que en cada culto haya un sermón evangelístico. (Y usamos la palabra “sermón” ex profeso, porque hay sermones que no contienen ningún mensaje).

Aludimos a algo más profundo, de lo cual lo anterior no es sino parte. Podemos reducirlo a dos aspectos: primero, el culto todo (y no solamente el sermón) ha de revelar esta su naturaleza misionera. Ha de ser – en todos los elementos que lo componen (himnos, oraciones, lecturas, colectas, partimiento del pan, predicación, etc.) – continua proclamación del juicio y de la gracia de Dios: que en Cristo Jesús toda la humanidad fue condenada, pero que en él también hay esperanza para la misma humanidad, cuando el hombre responde en fe al llamado de la gracia; ha de ser, además, expresión de esa misma respuesta de fe, correspondiente a la comunidad que adora; ha de ser un llamado a la fe. E insistimos, nos referimos al acto cultural como un todo, y no sólo a algunos de sus componentes.

Segundo, el culto todo ha de constituirse, además, en preparación o entrenamiento de la propia comunidad para la tarea misionera que en el propio culto realiza y que le toca realizar en la diáspora que se inicia cuando el culto termina. (De donde, la imagen de “recargar la batería”, que algunos han usado.)

Ahora bien, todo ello ha de ser adoración. ¿Qué se quiere decir con esto?

Quiere decirse, en primer lugar, que como ingrediente indispensable de todo este proceso, ha de haber un reconocimiento explícito de la magnificencia divina, de la Gracia de Dios, en el contexto del desmerecimiento humano. Es el “mirar—hacia—arriba” de la criatura respecto de su creador.

Pero, en segundo lugar, la susodicha explicitación no implica que este reconocimiento de la divina Majestad se circunscriba a los actos culturales, a los momentos en los que se exterioriza éstos sentimientos. Tanto como un acto, o quizás más que él, la adoración debe ser una actitud que permee toda la vida del cristiano. Referido al culto, implica que el adorante ha de asumir y ha de contribuir a que toda la comunidad que adora asuma la correspondiente actitud de sumisión y liberación, frente al Dios de juicio y gracia a quien rinde culto.